



Voces y expresiones viciosas

Banal y banalidad

Banal y banalidad son dos palabras de uso muy frecuente. La vida brinda múltiples oportunidades de emplearlas. Pero el que se precie de escritor correcto debe rechazar por gálicas tales expresiones y servirse de cualquiera de sus equivalentes en castellano.

Banal y *banalité* dicen nuestros vecinos traspirenaicos para designar lo común y trivial, y la vulgaridad, la tontería, la necedad, la patochada, etc.

El padre Mir—ya lo hemos indicado en otro palique—cita veintitrés sinónimos más en su *Prontuario de hispanismo y barbarismo* (Madrid, 1908), t.º I, pág. 240. Lo cual quiere decir que nuestra lengua es muy rica y copiosa en equivalentes, que el ilustre jesuita no agota, y es imperdonable, pues, acudir a la francesa para expresar lo mismo.

Y no se nos redarguya que nuestro reproche trasciende a purismo y casticismo—que no estarían excusados nunca si no se exageran—ya que la razón de tales incorrecciones no es la falta de ejemplaridad léxica y literaria, sino la ignorancia. Ignorante y no falto de purismo y casticismo es el que escribe cualesquiera o quienesquiera por cualquiera y quienquiera, cerúleo por céreo, protestar de por protestar contra, familiar por pariente, deudo o allegado, reasumir por resumir, *picia* por pifia, especie por especia, no digamos *provinente* por proveniente, etc.

Los que saben que cualesquiera y quienesquiera son los plurales, respectivamente, de cualquiera y quienquiera, no incurren en la torpeza de decir «*cualquiera* obra» o «*una* persona, *quienesquiera* que sea»; el que no ignora que cerúleo es el mar azul y en calma o el limpido cielo sin nubes ni marañas, mas no lo que es de cera o relativo a la cera, no comete el grave dislate ya censurado en «Alcántara»; y quienes conocen bien el valor de la preposición en el régimen de los verbos, no yerran al usarla, pues protestar *de* la injusticia, (contra estaría bien dicho), sería tanto como exaltarla, (protestas de justicia, de

fidelidad, de amor al prójimo); como los que saben que el Sr. Obispo no puede tener un familiar al lado, que no vista sotana, pero sí puede tener un *familiar*, (deudo, allegado o pariente) que no la vista, pues si la viste y es familiar suyo hay que pensar que concurre en él la doble personalidad de la sangre y de la profesión, dan a cada una de tales voces el uso debido (1).

De igual modo que quien está seguro que *ti* no puede ser otra cosa que un pronombre personal de segunda persona, no se le ocurre acen-tuarlo—como hacen hoy tantos escritores sobrados de incontinencia, como faltos de los más rudimentarios conocimientos gramaticales—y que *el* y *tu* pueden ser artículo y pronombre personal y adjetivo pose-sivo y pronombre personal de segunda persona del singular, respecti-vamente, los acentúan en el segundo caso y no en el primero, porque el acento entonces tiene un carácter distintivo y específico que evita todo equivoco gramatical.

¡Que no me vengan, pues, con zarandajas de puristas, sino de igno-rantones de tomo y lomo!

Pero volvamos al carril o rieles, y no a los *raíles* de éste ya dilata-do divertimento lingüístico.

He aquí una abundante parva de gabachas trivialidades en forma adjetival o substantiva:

«... de anecdotillas más o menos *banales*, con las que pretenden simplemente que matemos el tedio de unas horas». Juan Luis Alborg, *Hora actual de la novela española*, (Madrid, 1958), pág. 24.

«... y cuando sirven nada menos (las palabras) que para rotular un libro no pueden ser una *banalidad*». Ibidem, pág. 104.

«... descripticismo meticuloso y prolijo de todos los aspectos—aun los más *banales*—de la realidad»... Ib. pág. 121.

«... hablando de cosas *banales*»... Charles David Ley, trad. de *Miér-coles de ceniza*, de T. S. Eliot, *Adonais* XXVI, (Madrid, 1946), pág. 45.

«Nos entretenemos con ella cuando la experiencia se nos hace de-masiado *banal*»... Manuel G. Morente. Prólogo a *Crttica del Juicio*, de Manuel Kant. (Madrid, MCMXLV) pág. LXXI.

(1) Por no prolijearme demasiado no me detengo a considerar las demás faltas e incorrecciones enumeradas, que como recordarán los lectores que me honran con su atención, han sido también advertidas en estas páginas.

«Poco importa la torpeza y *banalidad* de los medios que propor-cionan la fuerza y la sombra»... Ruskin: *Las siete lámparas de la Arqui-tectura*. (Madrid, s. a.) pág. 100. (No se indica el traductor).

«El crepúsculo... enriquecía el jardín con macizos de rojo espino, y en la casa adquiría un aspecto más vulgar y *banal* que el terreno que la rodeaba». Manuel Bochs Barret, trad. de *El poeta y los lunáticos*, de G. K. Chesterton, (Barcelona, 1959), pág. 100.

«...aquellas grosellas, violeta y púrpura tenían vida y brillaban co-mo amatistas; pero, desde fuera, con la luz que caía sobre ella, pare-cían *banales* y mates». Ibidem, pág. 137.

«...aquellas palabras pronunciadas por un desconocido parecían de una absoluta *banalidad*»... Ib. pág. 141.

Para concluir, ¡que ya es hora!, y que el lector perdone cuanto abu-sé de su paciencia, allá van varios ejemplos en que autores de proba-da solvencia literaria, dijeron lo mismo que dicen los franceses con su *banal* y su *banalité*, sin adoptar tales terminajos.

«De casa contra malicia,
Muypreciado de tres altos,
Dijo dos mil *patochadas*
Muy colérico el brocado.»—QUEVEDO.

«...nunca me cansaré de repetir estas máximas, aunque *comunes* y *triviales*.»—JOVELLANOS.

«...el labrador se iba dando al diablo de oír tanta máquina de *nece-dades*.»—CERVANTES.

«Comienza ya la sombra de tus maldades, el aforro de tus insolencias... a echarnos *bernardinias*.»—LOPE DE VEGA.

«...siempre que me oía algún despropósito o alguna *bachillería*.»—ISLA.

«—Que por que me dijo mientes...
Porque me sopló la dama

U otras tales *bagatelas*

¿He de andar a cuchilladas?—RAMÓN DE LA CRUZ.

* * *

No lo dudemos, leyente.

Banalidad y banal

devuélvanse—prestamente—

a la lengua de Pascal.

UN APRENDIZ DE HABLISTA



Luz en la sombra

I

Inundando de lágrimas ardientes
el lecho funeral,
la Marcha lloras del doliente amado
que acaba de expirar.

Ahogar te sientes en las negras ondas
de esa angustia mortal
que en el fondo del alma atribulada
nos deja el que se va.

Un misterio que ocúltase a tus ojos
le dió sitio en tu hogar,
y otro misterio que tampoco atisbas
se lo vuelve a llevar.

Por esa senda que se llama muerte
alejóse fugaz,
y por ella le buscas, esperando
que aun pueda regresar.

¡Oh, cuánto dieras en tan duro trance
a impulsos de tu afán,
porque esa carne que apagó la muerte
volviera a palpitar!

Y no queriendo dar por existente
la tremenda verdad,
le llamas y le llamas, aun sabiendo
que no ha de contestar.

¡Ay! Cuando el ser a tus llamadas sordo
la tierra cubra ya,
la sed de amor que te dejó en el alma,
¿por dónde buscará?

Y en el colmo supremo de tu angustia
tal vez preguntarás,
porqué tan dulce sementera tiene
un tan triste y amargo cosechar.